

# Crónica del puerto de Veracruz\*

ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ\*\*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: 10.25009/ursc.v21i42.2790

Este volumen reúne dos crónicas de espléndida factura, escritas por las manos expertas de Fernando Benítez y José Emilio Pacheco. Ambas resultan, a su vez, complementarias entre sí. La escrita por Benítez se titula “De Cortés a Humboldt” y, de hecho, en buena medida resulta complementaria de *Los indios de México*, una de sus obras monumentales. Allí ha puesto en circulación, además, contenidos de *La ruta de Hernán Cortés*, a la que ha añadido, en una serie de páginas espléndidas, el gran relato de las historias de piratas que asolaron, sobre todo durante el siglo XVII, las aguas tropicales del Golfo de México y el territorio marítimo actual del Circuncaribe.

La crónica que Pacheco tituló “De Clavijero a Carranza” fija una de sus preocupaciones de fondo: el entorno universal del territorio del litoral de la costa y de

tierra adentro de Veracruz, donde surge la geografía de una idiosincrasia peculiar, a cargo de indios, mestizos, costeños, negros y mulatos. Quizá, en este sentido, tenga paralelo con su tomo de cuentos *El principio del placer* (en particular con el cuento así titulado), y por una infinidad de referencias que, a manera de *leitmotiv*, circulan y han circulado por cientos de páginas salidas de su talento, sean de crítica literaria, de relatos históricos o de sus obras periodísticas.

Ambas crónicas se tocan en varios puntos donde el hilo histórico roza el acontecer y el devenir de Veracruz. La crónica de Benítez comprende los universos lejanos y remotos previos a la occidentalización de América, donde sitúa el estadio primordial y relata los viajes y las expediciones castellanas de Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y Hernán Cortés, hasta el momento en que aquellos territorios explorados por dichos aventureros quedan bajo la potestad y el dominio del rey de Castilla, y donde el conquistador extremeño ejerce presión sobre el territorio veracruzano.

\* Fernando Benítez y José Emilio Pacheco, *Crónica del Puerto de Veracruz*, serie Biblioteca Era, Ediciones Era/Universidad Veracruzana, México, 2022, 272 pp.

\*\* Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, e-mail: anjofer53@yahoo.com.mx.

La crónica de Pacheco arranca en el último tercio del siglo XVIII, cuando el absolutismo de Carlos III produjo la expulsión de los integrantes de la Compañía de Jesús de los territorios españoles, el 25 de junio de 1767. Centra su interés en el conocimiento histórico e intelectual de los jesuitas y, en particular, del padre Francisco Xavier Clavijero y de su máxima obra: *La historia antigua de México*, donde la clase criolla e intelectual afina y plantea la idea de la madurez e inteligencia universal de los pobladores nativos de América, aun sin tocar de fondo la pugna que el jesuita veracruzano lanzó contra los científicos europeos. En torno a este hallazgo de la inteligencia americana, el cronista se vuelca en el universo trascendente de la vida y las ventajas del nuevo orden económico, enclavadas en las tierras veracruzanas y en el poblado que, a partir de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), ingresará en el campo de la modernidad luego de haber sido el teatro de dicho conflicto bélico.

Benítez toca de lleno el problema de la conquista de México. Habla de una invasión cultural y del problema de la “construcción” mexicana, donde incorpora principalmente las etnias regionales veracruzanas (olmecas, totonacas y huastecas) y lo que, casi de inmediato, comprendería la complejidad del universo del criollo, con base en el esclavismo negro e indígena; se trata del entorno y de las directrices a

cargo de los españoles peninsulares y la expansión del mestizaje. Pacheco, por su parte, plantea en su crónica la vida del puerto, la complejidad que surge en torno a la opresión española y los subterfugios de la población pluriétnica, donde aparece el mundo de la solidaridad y el amplio intercambio de complicidades: rituales prohibidos, bailables perseguidos por la Inquisición, infracción de movibilidades, etcétera.

Benítez destina muchas páginas de su crónica a la presencia de piratas, corsarios y bucaneros. Para el desarrollo de este episodio de la vida del puerto de Veracruz y las aguas del Golfo, examinó muchas de las obras y de los testimonios bibliográficos, sobre todo de autores europeos. Revisó las acciones y funciones de estos personajes siniestros del mar, como salteadores, depredadores e inclusive actores del espionaje al servicio de su rey. Pacheco dedicó menos páginas a la piratería, aunque matizó con el añadido de una referencia local, al mencionar la novela *Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio. Por cierto, ninguno de los cronistas hizo alusión al poema “Lorencillo. (Episodio histórico.— Año de 1683)”, compuesto por Riva Palacio en 1866 e impreso originalmente en *El Álbum de la Mujer*.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Vicente Riva Palacio, “Lorencillo. (Episodio histórico.— Año de 1683)”, *El Álbum de la Mujer*, México, año IV, t. VI, núm. 3, 17 de enero de 1886, pp. 24-25 y 28.

Benítez matizó el desembarco de Lorencillo en las playas frente al poblado y contextualizó: “Los nuestros, por decirlo así, fueron sorprendidos con los calzones bajados, según escribió un reportero del *New York Times*, al contar el ataque a Pearl Harbor que deshizo la armada del Pacífico”. Y añadió en la historia de color local: “Fue una especie de tifón, una invasión marciana. Un golpe tan violento, tan inesperado que nunca se supo cuántos murieron o cómo murieron o cuántos quedaron heridos o arruinados para siempre” (p. 110). Pacheco, por su parte, tomó lo apuntado por Francisco de Ajofrín en el *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII*, que hablaba y describía las riquezas del comercio de Veracruz y Nueva España, así como de la evolución de la ciudad, la cual con base en la libertad de comercio de 1778 empezó a adquirir equipamiento de poblado moderno, como la instalación de servicios portuarios y de atenciones al viajero, por cuanto al hospedaje y alimentación se refería (p. 164 y ss.)

Dicho de otra manera, Benítez hizo acopio de las crónicas de época, a partir de Bernal Díaz del Castillo, Juan Suárez de Peralta y de Francisco Fernández de Gómara en adelante, así como de viajeros como el calabrés Giovanni Francesco Gemelli Careri, “una especie de Humboldt en pequeña escala”, y de autoridades como Thomas Gage y José Antonio de Villaseñor y

Sánchez, autor del *Theatro Americano*. Ha hecho una crónica de crónicas en apretado resumen, mientras Pacheco prefirió desarrollar la hipótesis de considerar al puerto como el centro universal del comercio, donde confluían las mercancías de China y los productos de Europa, al pasar en sus tránsitos, y donde el puerto de Veracruz tendría como función esencial convertirse en un centro receptor de mercancías y en punto exportador y de reexpedición de productos hacia los centros de consumo, sobre todo después de la Guerra de los Siete Años, en torno a la crisis que acarreo la bancarrota de España, la habilitación del comercio libre, hasta tornarse Veracruz en el centro de la economía mundial.

Benítez hizo el relato de este proceso evolutivo comparándolo con el Apocalipsis bíblico y la trama de *El corazón de las tinieblas* de Conrad. Se trata del parteaguas en la crónica, tras de la pérdida material de siete millones de pesos (p. 126), a consecuencia del ataque del pirata Lorencillo al pueblo de Veracruz. Esta afrenta puso en claro la falta de un ejército eficaz de defensa para el puerto y, en general, para Nueva España. Pronosticó de algún modo la toma de La Habana por parte de la Armada inglesa de 1762 y declaró en los hechos la ineficiencia y nula funcionalidad de la Armada de Barlovento, cuya eficacia era muy relativa. En la parte final de la crónica, Benítez señala que, a la llegada

del barón de Humboldt, “la reputación de Veracruz era escandalosamente lúgubre”; Veracruz “era la antesala de la muerte” y sus dieciséis mil habitantes “estaban hacinados en un espacio reducido y, como circundaba a la ciudad una muralla y las casas eran de un piso, casi no soplaban ninguna brisa y la gente pobre sufría intenso calor y hacinamiento” (p. 142). A pesar de esto, Benítez reivindica el valor del puerto de Veracruz: “Todo lo que entraba o lo que salía de China a España y viceversa debía pasar por Veracruz, visto como la misma puerta del infierno” (p. 144).

La crónica de Pacheco marcha por otra directriz: habla de la configuración de la ciudad frente al mar, de la muralla que la defendía y de los cambios de ambiente que se distinguían entre la parte protegida y extramuros: la ciudad criolla y la habitada por indígenas, castas, negros y pobres. Describe la forma de ser de sus habitantes, su talante, su música y folclor, así como de sus fiestas, donde el Carnaval se llevaba las palmas. Pacheco habla asimismo de las formas de bailar, de los registros del canto y del aspecto sexual y atrevido de algunos bailables, como el denominado “Coplas del Chuchumbé”, que fuera denunciado ante la Inquisición y mereciera un “Edicto” de prohibición en 1771, aunque se cantara y bailara, con o sin permiso, en los atrios de las iglesias y en los espacios públicos.

Benítez puso punto final a su crónica poco antes del brote insurgente

que dio paso a la revolución de independencia, y luego del arribo de Humboldt a estas tierras. La llegada a Nueva España de este científico, según este cronista, resulta de suma importancia. Gracias a su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* pudo divulgarse la información fiscal y económica que habían compilado Fabián de Fonseca y Carlos de Urrutia, comisionados por el virrey y segundo conde de Revillagigedo, bajo el título de *Historia General de la Real Hacienda*, donde podía constatarse la riqueza de los territorios novohispanos. El cronista revisó el mundo de actividades y la abundancia que brindaba la tierra veracruzana para la metrópoli: el movimiento mercante, el traslado de valores como la plata acuñada, la grana cochinilla, el cacao y el añil, junto con otras menudencias, que se embarcaban en el muelle del puerto de Veracruz, entonces todavía de tablones. Humboldt “propuso el remedio” para salvar la situación reinante: “buenos cultivos, más gente y menos desidia revitalizarían un puerto a través del cual Europa se comunicara con sus colonias americanas y asiáticas” (p. 149).

Pacheco dio un giro distinto a la resolución de su crónica. Alargó la temporalidad, para culminar su relato con la Revolución mexicana. Había tomado al puerto de Veracruz como centro universal del comercio, había tratado el tema del criollismo cultural y había reflexionado sobre el mestizaje,

de donde habían hecho su aparición los jarochos y, con éstos, sus expresiones y reproducciones culturales: sus bailes, cantos, danzas y costumbres; sus fiestas religiosas y el espejo de su idiosincrasia. Pasó revista a la era del general Santa Anna, es decir, al caudillismo, a la invasión francesa en la Guerra de los Pasteles y al protagonismo inevitable del mencionado general, político de altura aunque inexperto en el campo de batalla.

La crónica de Pacheco ha sido guiada por dos ejes narrativos: el acontecer histórico y la práctica cultural en sentido extendido. En el hilo de la historia ha acomodado los hechos plasmados por la literatura y las demás expresiones artísticas. Reseña las cartas con que Manuel Payno compuso *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*, que se reprodujeron, primero, en las páginas de *El Museo Mexicano*, al año siguiente. Luego del texto de Payno, el cronista tratará la fundación de la literatura veracruzana y sobre todo de dos de sus fundadores: José María Esteva y Manuel Díaz Mirón, quienes en comandita fundaron el periódico *El Veracruzano* (que tuvo dos épocas, en 1844 y 1851); revisa las obras de José Joaquín Pesado y pasa enseguida a las obras de tema veracruzano, escrita por visitantes y viajeros, en donde señala el paso por el puerto de Ignacio Rodríguez Galván y su salida en misión diplomática, que no realizó al encontrar la muerte a causa del vómito negro.

Pacheco tocará las incidencias de la invasión americana y a continuación hablará sobre la Guerra de Reforma, cuando el puerto de Veracruz se tornó en la capital de la república. Vendrá después el episodio de la invasión de las potencias extranjeras, al término de la guerra civil, y tratará lo relativo al Segundo Imperio Mexicano: el desembarco del emperador Maximiliano y la recepción que los artistas veracruzanos brindaron a la emperatriz Carlota. Finalmente, hablará de la fundación del Ilustre Instituto Veracruzano, de la construcción del Ferrocarril de Veracruz a México y de las obras que, durante el Porfiriato, hicieron posible la modernización del primer puerto de México.

Capítulo especial de la crónica mereció la presencia en Veracruz de “Los dos Díaz”: el general Porfirio Díaz y el poeta Salvador Díaz Mirón. En torno a estas presencias, el cronista retomó el tejido de la historia para entrar en la materia de los acontecimientos de las víctimas del 25 de junio de 1875: la *Hecatombe*, donde fueron reprimidos supuestos alzados que querían favorecer la restauración de Sebastián Lerdo de Tejada en la Presidencia de la República, y de donde surgió la leyenda del “mátalos en caliente”. Entre otros muchos temas de interés, Pacheco revisa la leyenda del poeta Díaz Mirón y la llegada del danzón al puerto, procedente de La Habana. Cierra su crónica pasando revista a las incidencias de la Revolución mexicana,

durante la cual, nuevamente, el puerto de Veracruz fue el protagonista de la historia, al enfrentar su población al ejército norteamericano en las calles de la ciudad, y posteriormente, otra vez, el centro del escenario nacional, al expedirse la Ley Agraria y al volver a ser la capital de la república.

Este libro incluye dos visiones maestras del acontecer veracruzano, resueltas con profundidad y belleza de estilo. Se trata de dos textos complementarios, donde el puerto de Veracruz se ha convertido en el actor estelar de la historia de México.